

La información como *formación cultural*

Gonzalo ABRIL*

abril@ccinf.ucm.es

(Abstracts y palabras clave al final del artículo)

Propuesto: 14 de septiembre de 2007

Aceptado: 25 de septiembre de 2007

Desde hace ya varios decenios, “información” se ha convertido en un tópico tan ubicuo como impreciso: “sociedad de la información”, “era de la información”, “nuevas tecnologías de la información”, “autopistas de la información”... son algunas de las expresiones que lo reclaman, y en ellas el uso del concepto parece responder a las demandas económicas, sociotécnicas y, claro está, también epistémicas que gobiernan una sociosfera supuestamente globalizada.

Curiosamente, pocas veces se propone una definición positiva de la información, y el contenido intensional del concepto —ya no como “información periodística”, ni como medida probabilística de la novedad de una señal, ni como sinónimo de “contenido proposicional” en la perspectiva lógico-semántica¹, obviamente, sino según las acepciones que he mencionado en el párrafo anterior— apenas si ha logrado alguna atención teórica. Como suele ocurrir con las expresiones que poseen una gran corpulencia pragmática y/o normativa (“te quiero”, “seguridad”, “terrorismo”, “inmigrante”...) su precisión semántica es, en sentido inversamente proporcional, muy baja. Casi nadie parece necesitar saber de qué se trata exactamente cuando se habla de “información”, y el concepto se reproduce sobre ese sospechoso fondo de indeterminación no problemática. Incluso en contextos académicos, mediáticos y políticos se suele dar por buena su equivalencia con el concepto de “comunicación”, una sinonimia que no resiste el test lingüístico más elemental.

En su ambiciosa e importantísima obra sobre *La Era de la información*, Manuel Castells no propuso tampoco una definición positiva del concepto. Se limitaba a presentar en una pasajera nota al pie y bajo el modo condicional, entre la desgana y el escepticismo, una definición ajena: “me reincorporaría a la definición de informa-

* Universidad Complutense de Madrid

¹ A estas acepciones he hecho referencia en el primer capítulo de un trabajo anterior (Abril, 1997). Por lo demás el presente artículo ofrece una versión revisada de otro publicado por la universidad portuguesa de Beira Interior, en libro colectivo (Abril, 2004).

ción propuesta por Porat en su obra clásica”. La definición citada resulta tan imprecisa como: “La información son los datos que se han organizado y comunicado” (Castells, 1997-1998, vol. 1: 43, n. 27). Imprecisa porque la expresión no determina si el doble predicado de organización/comunicación es explicativo o especificativo: ¿se trata de los datos *praeter* o *qua* organizados y comunicados?

Aun cuando en la obra de Castells, y como puede inferirse ya de su referencia a Porat, predomine la perspectiva de una “economía de la información” (cfr. Mattelart, 2002: 65-72), la información de la que trata Castells, y en general de la que se suele hablar bajo los epígrafes de “era” o “sociedad de la información”, no significa acopio o conjunto de datos, sino un proceso de segundo grado que los “informa”. Y aún más, no simplemente un proceso cognitivo sino social y cultural en el más amplio sentido, un proceso a la vez sociotécnico, epistémico y semiótico.

Esta *información densa* que se hace presente en muchas expresiones comunes del lenguaje contemporáneo no admite forma plural: Nunberg (1998: 117) advierte que “era de la información” no se deja traducir por “era de las informaciones”, porque designa una variedad “abstracta” de la información que no estuvo presente en ninguna lengua antes de mediados del siglo XIX. Aún más, esta forma de hablar remite a dos supuestos: el reconocimiento de una correlación entre el tamaño de un texto y la cantidad de contenido que posee, “un paso que implica la generalización de contenido esencial para el papel cultural que exigimos a la información”, y la prioridad del contenido comunicado a expensas del privado o irreproducible.

Así pues, por lo que se refiere a la “comunicación” a la que Castells alude, lo que conduciría a una definición no trivial es la idea de que los procesos de información tienen que ver con datos intencionalmente ordenados a la comunicación, espacializados, fraccionados y seleccionados *precisamente por y/o para ser comunicables*. La selección de “unidades de información” con una identidad semiótico-cultural precisa, y la “comunicabilidad” como requisito constitutivo —a la vez cognitivo, textual y técnico— de esa selección, sí me parecen propiedades definitivas de la información².

El *Diccionario de la Real Academia Española* propone como tercera acepción de “dato” una representación “adecuada para su tratamiento por un ordenador”, es decir *orientada al procesamiento y a la comunicación*, pero la restringe al ámbito de la informatización, que es para mí sólo uno de los modos de la información: el que han desarrollado las tecnologías informáticas. Y sin embargo, desde el punto de vista que aquí defiendo, también las entradas léxicas del *DRAE* son “unidades de información”, y el diccionario mismo un dispositivo informativo ejemplar. La convención alfabética que ordena las voces para hacerlas más fácilmente accesibles³, la

² El análisis de estos criterios proporcionó el núcleo temático de otro libro (Abril, 2003).

³ Como señala Maciá (2000: 312), la técnica normalizadora de la ordenación alfabética se desarrolló con la imprenta y al mismo tiempo que la numerización de las referencias: “«hoy vamos a empezar en la página siete, tercera línea» es algo que un maestro sólo puede decir a sus alumnos desde que hay libros impresos y por tanto idénticos”. Maciá amplía los comentarios de Walter Ong sobre los *Epitheta* de Ioannes Ravisius Textor (1518) cuyas entradas aparecen ya alfabetizadas, aunque sólo por la primera letra, de tal modo que “al” o “ar” pueden preceder a “ab” o “ag”. Y la voz “Apolo” aparece en primer lugar porque se refiere al patrón de los poetas. Maciá comenta con acierto que este hecho pone de relieve “la violencia psicológica que

correspondencia entre vocablos y definiciones siguiendo un formato visual y un discurso expositivo comunes, la modularidad de cada segmento que permite, llegado el caso, eliminar una entrada o introducir nuevas, son propiedades “informativas” en el sentido de una “formación” o “matriz cultural” específica, la que aquí trato de proponer.

El concepto de “organización”, también comprendido en la dubitativa definición de Castells, es pertinente a condición de que se inscriba en un contexto sociohistórico particular: el de sociedades modernas que no sólo organizan sus signos, como cualquier sociedad humana, en orden a la representación, al hacer práctico y a la reproducción cultural, sino que lo hacen dentro de *sistemas técnicos o expertos de producción y reproducción simbólica especializada*. Es la organización lo que constituye al dato, y no al revés. Por ejemplo, y tal como señala García Gutiérrez (1996: 16) respecto a la información documental: es el proceso de registro, de procesamiento y de recuperación lo que produce el “hecho documental”. En general, según entiendo, no hay hechos informativos indiferentes a las características técnicas, económicas, institucionales, cognitivas y textuales de los sistemas expertos que los producen.

Esas características predeterminan la información en tanto que recurso económico cuantificable —tal como analiza la economía de la información— ajustándola a las condiciones del mercado, a sus instituciones y prácticas, y a los procesos de consumo. De ahí que por ejemplo se haya podido calificar a la información periódica —una de las expresiones particulares de la información como forma cultural moderna— de “conocimiento comercial” (Chibnall, 1981: 75). La información es conocimiento social que ha devenido *valor de cambio* en el mercado, a la vez que *valor signico* en la cultura; conocimiento sometido a la lógica de la intercambiabilidad generalizada tanto en el nivel de la economía política cuanto en el que Baudrillard (1974) denominó hace más de treinta años “economía política del signo”. De ahí que la insistencia en el enunciado “todo es información”, o “todo es informatizable”, compartida por teóricos como Lyotard y por los profesionales del *management* posmoderno, por los ideólogos del turbocapitalismo y por muchos ciberanarquistas, delate ni más ni menos que la victoria del neoliberalismo (también) como teoría y como práctica cultural.

En cierta ocasión me vi en la necesidad de argumentar frente a un grupo de ciberactivistas defensores, como yo, del *software* libre y de la libertad de copia, que la música, la imagen visual y la literatura no son “datos sin más”, como ellos pretendían, sino prácticas culturales complejas y (espero que todavía en alguna medida) renuentes a la general *commensurabilidad* de los discursos que hace posible la información. Ciertamente una canción popular puede ser *sampleada*, sus sonidos grabados y procesados digitalmente, luego sometidos a un formato que permitirá almacenarlos, reprocesarlos, transmitirlos y recuperarlos como archivos de información. Pero hay muchas cosas que han escapado de ese proceso: se ha escabulli-

supone la ordenación alfabética” para la mentalidad de la época. Pero esa violencia puede ser vista también como expresión de la persistencia de un orden simbólico premoderno aún no plenamente desbancado por la racionalidad funcionalista que corresponde a la ordenación formal del alfabeto.

do el vínculo de esa música con el cuerpo y el gesto, la potencia socializadora y expresiva que atraviesa a la vez sonido, gesto, cuerpo y actividad colectiva —por ejemplo, al cantar juntos, al bailar juntos, al trabajar cantando o percutiendo—, la memoria semiótica y las formas del imaginario adheridas no sólo a la altura, sino al timbre, al tiempo, a la espacialidad sonora. No se trata de idealizar ese plusvalor simbólico refractario a la información, cifrando en él una nostalgia reaccionaria o una esperanza mesiánica. Se trata sólo de reconocer que en los procesos de comunicación hay fenómenos exuberantes, parámetros que exceden a la información, dimensiones no conmensurables.

* * *

Tan decepcionante como la de Castells, en lo que se refiere a la categorización de la información, es la propuesta de Marc Poster (1989 y 1990), aun viniendo de una perspectiva epistemológica distinta: para rimar conceptualmente con el “modo de producción” marxiano habla de un “modo de información”, haciendo hincapié en los aspectos lingüísticos y comunicativos de la vida social, adoptando perspectivas postestructuralistas y rechazando explícitamente del materialismo histórico la prioridad otorgada al trabajo y la concepción teleológica de la historia (puntos de vista que, por lo demás, comparto). El modo de información presenta, por una parte, el carácter transhistórico de una categoría clasificatoria, pues “designa la forma en que los símbolos se usan para comunicar significaciones para constituir sujetos” (Poster, 1989: 131), una definición que retiene el eco de la teoría althusseriana de la ideología (Althusser, 1974), pero de dudosa utilidad, pues si se entiende “símbolo” en un sentido muy general, la definición puede remitir a cualquier sistema cultural existente o posible.

En cualquier caso Poster aplica la noción de modo preferente a nuestra contemporaneidad cultural: el modo de información designa entonces “las relaciones sociales mediadas por sistemas de comunicación electrónicos, lo cual constituye nuevos patrones de lenguaje (...) Una importante nueva dimensión de la sociedad avanzada es concerniente al lenguaje y sólo puede ser investigada por medio de conceptos basados lingüísticamente” (Poster, 1989: 126). Haciéndose por tanto eco del giro lingüístico del pensamiento del siglo XX, el autor no quiere, de todas formas, reabrir la brecha del dualismo entre acción y lenguaje e invoca a favor de su visión sintética categorías como la de “discurso/práctica” de Foucault (1970): el modo de información no es un campo unificado sino una multiplicidad de discursos/prácticas.

En la sociedad moderna, argumenta Poster, la acción es mediada por la escritura y ya no sólo por el habla, como en las sociedades tradicionales. En el terreno de la acción y la decisión política, la mediación de discursos escritos como los de las encuestas, informes expertos, censos, etc. desempeñan un papel central. El proceso se intensifica en nuestra época de comunicación mediada electrónicamente: las distancias espaciotemporales entre emisores y receptores “crean la posibilidad de cambios estructurales en el lenguaje y en el modo en que los individuos son constituidos por el lenguaje” (Poster, 1989: 128).

Aun conteniendo afirmaciones indiscutibles, muchas de esas propuestas resultan triviales o inespecíficas: pocas alforjas hacen falta para viajar a la idea de que las relaciones sociales basadas comunicativamente son históricas y transitorias; o para llegar a la conclusión de que en los patrones de la experiencia lingüística se revelan estructuras de dominación tanto como potencialidades de emancipación (Poster, 1989: 130). Pero sobre todo, ni éstas ni las otras presuntas propiedades del actual modo de información llegan a diferenciarlo adecuadamente: la organización espacio-temporal siempre ha afectado estructuralmente al lenguaje y a la subjetividad. No son, en mi opinión, los “nuevos patrones lingüísticos” el rasgo más definitorio de la matriz cultural informativa, sino en todo caso los modos textuales que articulan el lenguaje con otros registros semióticos (icónicos, plásticos, tipográficos, fonográficos, etc.) dentro de ciertos formatos visuales y sonoros. No se trata, pues, de patrones lingüísticos sino de conformaciones de la experiencia sensorial y de la actividad textual-discursiva. Por otro lado, la supeditación del lenguaje a las lógicas del mercado (su conversión en “mercancía rentable”, como decía Lyotard, 1984) y a los procesos de reproducción del capital sí me parecen fenómenos característicos del “modo de información” contemporáneo. En el que Sierra Caballero (1999: 264) llama “neocapitalismo informativo”, el lenguaje “aparece mediatizado por la colonización de las necesidades de reproducción del capital, a través de la omnipresencia de los medios de comunicación y de las nuevas tecnologías informativas”. Esa colonización establece patrones de uso y de difusión específicos, y asigna formas de privatización del conocimiento y de la educación, y por tanto de procesos lingüísticos, con especial intensidad en los últimos años. Hasta el punto de que la actual reforma del Espacio Europeo de Enseñanza Superior puede ser vista como una estrategia para la plena subsunción de los saberes y los discursos universitarios en el sistema de gestión neoliberal del conocimiento, en el neocapitalismo informativo.

* * *

En cualquier caso la información en tanto que formación cultural inició su gestación mucho antes de que los medios electrónicos se convirtieran en dispositivos fundamentales de mediación y antes de que las industrias culturales alcanzaran su actual apogeo oligopolístico.

Mucho antes, también, de que la teoría probabilística de la información, y más en general el paradigma de la cibernética como “ciencia de la comunicación y del control” propusiera un modelo de la comunicación que habría de resultar extraordinariamente influyente en el conjunto de las ciencias sociales y las humanidades durante la segunda mitad del siglo XX, suministrando un *canon* científico y discursivo a la información y a su legitimación como forma cultural rectora de la modernidad tardía.

Las sociedades modernas (y/o posmodernas) fueron transformándose en *sociedades de la información* en la medida en que se adoptaron y extendieron determinados medios de producción, intercambio y difusión del conocimiento. Para que este proceso fuera posible, las más variadas prácticas comunicativas: desde la enseñanza al periodismo, desde la documentación a la interpretación y traducción de idiomas,

de la cartografía al patronaje industrial, del arte audiovisual al diseño de máquinas inteligentes, precisaron infraestructuras tecnológicas e institucionales comunes. Lo cual suponía la existencia de marcos compartidos de conocimiento teórico y práctico, de vocabularios, destrezas, memorias e imaginarios, estilos cognitivos y formas de la sensibilidad y del sentimiento.

El *rewriting*, es decir, la escritura periodística estandarizada que se inició en el siglo XVII (según Gomis, 1989), debió de desempeñar un papel importantísimo en la configuración de la *esfera pública* y en la homogeneización de un ámbito social pre-masivo. La homologación de múltiples discursos y lenguajes sociales conforme a formatos y a juegos del lenguaje periodístico naturalizados como “neutrales” facilitaron el sometimiento de la diversidad estilística, retórica, expresiva, pero también moral e ideológica, a una espacio de *comunicabilidad* capaz de trascender las *jurisdicciones simbólicas locales*. El mismo imperativo de una comunicabilidad translocal se impuso en la escritura científica, en las escrituras técnicas y en el conjunto de las prácticas semióticas que sustentan la posibilidad de las *comunidades hermenéuticas* o *textuales* modernas, de los dispositivos modernos de *enunciación colectiva*.

En los marcos sociales de la comunicabilidad coexisten aparentemente la homogeneidad y la heterogeneidad de los universos de sentido: compartimos horizontes de significación pero también mantenemos áreas de exclusión simbólica recíproca (a esto se refieren los embarazosos conceptos de *pluri* o *multiculturalidad*). Sin embargo, gran parte de las reglas que fijan la comensurabilidad de las perspectivas y los discursos en el mundo moderno —las que, por tanto, instituyen el espacio público mismo como ámbito de comunicabilidad— permanecen ampliamente intangibles e invisibles, al modo de un *inconsciente político*. Por ejemplo, difícilmente se podría independizar la *panopsis* constitutiva del discurso periodístico, su mirada ubicua y centralizada, sus formas de unificar la multitextualidad social, sus características figuras de metaforización, puesta en escena y *editing* (la imagen del planeta girando en la cabecera del telediario, la rueda de corresponsales en conexión simultánea, etc.) de las condiciones de eurocentrismo colonial en que se gestó la prensa moderna, ni de las estructuras enunciativas propias de una subjetividad burguesa, masculina y europea como las que cifraron institutivamente las perspectivas de la vida pública y de la ciudadanía.

Con ocasión de la guerra de Iraq, hemos tenido mayor familiaridad a través de internet y de la televisión con algunos medios de comunicación árabes. Tan fácilmente constatable como la diferencia de perspectivas, lo es la comunidad de los lenguajes informativos y de los estándares profesionales de esos medios con los de “occidente”. La denominación de “CNN árabe” para la cadena Al Jazeera no resulta tan descabellada, después de todo.

Con la expresión “información como formación cultural”, quiero indicar, pues, lo siguiente: un modo histórico-culturalmente determinado de la textualidad y con él unas formas y operaciones particulares de conocimiento, una *episteme*; pero también toda una configuración del ecosistema comunicativo y textual. La concepción funcionalista-positivista de la información como “recopilación” y “distribución” relativas a “acontecimientos en el entorno” (Wright, 1976) resulta

obviamente reduccionista, dado que la información no sólo informa *sobre* el entorno, sino que *informa el entorno*, y por ende la relación de los sujetos con él. La información, en tanto que proceso moderno, lo es de un mundo ya informado, incluso “formateado” por sus propias operaciones. No opera sobre cosas sino con/sobre inscripciones (en el sentido de Latour⁴) y con-signaciones (en el de Derrida⁵). En fin, la información no es reducible a una “función” ni a un “efecto” cognitivo, porque supone una compleja *matriz de significación*, un conjunto qua-sitranscendental de condiciones formales y prácticas para producir sentido. Esto no significa exactamente que la información, los textos y prácticas informativos liquiden otras formas históricas de la textualidad, como la narración o el debate dialógico, pero sí que los alteran, o mejor dicho, los median.

* * *

La *modularización*, la *puesta en formato*, la consiguiente *reordenación de la actividad lectora* son algunas de las operaciones de esa *mediación informativa*, a las que voy a referirme. Pero antes he de comentar brevemente qué entiendo por “unidad informativa”, a saber, la clase de constructo textual que ellas producen.

La práctica del fragmento al que llamo “unidad informativa” se fue instaurando en la ciencia y en el periodismo, en el manual didáctico como en el catálogo comercial y en las bellas artes, en la medida en que los más diversos segmentos textuales fueron sometidos a procesos de fraccionamiento, selección y homologación, y rehabilitados en prácticas comunicativas *diversas* de aquellas de las que habían sido extraídos: bien sea para ser trasladados de un contexto local a un contexto global, o de una periferia a un centro —como dice Latour—, bien para ser transportados o traducidos de un espacio social a otro cualquiera⁶.

La *unidad de información*, en tanto que pieza funcional susceptible de ser conmutada, vehiculada, rearticulada en distintos conjuntos textuales, trasladada en el espacio y en el tiempo, ha de poseer una propiedad *monádica*. Ha de ser, como dictan los manuales de redacción periodística respecto a la noticia, un segmento *autoexplicativo*, que no requiera de la remisión a un exterior para ser inteligible o interpretable.

⁴ La información, escriben Latour y Hermant (1999: 162), “no es un signo, sino una *relación* establecida entre dos lugares, el primero convertido en periferia y el segundo en *centro*, que se da con la condición de que entre los dos circule un *vehículo* al que se suele llamar forma pero que para insistir en su aspecto material, yo llamo *inscripción*”.

⁵ El poder “arcóntico” de los archivos combina la unificación, la identificación, la clasificación: el conjunto de operaciones que pueden agruparse bajo la categoría de la *consignación*, como “reunir signos” y “asignar residencia” y, sobre todo bajo la idea de un sistema sincrónico abrigado por una unidad de configuración ideal. A los mecanismos de homogeneización se añade, pues, un simultaneamiento de los signos que permite percibirlos, interpretarlos y tratarlos mediante la neutralización de su dimensión temporal, en unidad de espacio (Derrida, 1997: 10-24).

⁶ De tal manera que el *ready-made*, antes que un *género* del arte de vanguardia, constituye un dispositivo *generativo* estandarizado de la cultura moderna. El acondicionamiento funcional y formateador del fragmento semiótico presupone un acondicionamiento general del ecosistema cultural (de la “semiosfera”, en términos de Lotman, 1998) en que se producen los procesos de traducción.

Nunberg (1998) —adoptando el punto de vista de Walter Benjamin (1991/1936), cuando alegaba que la información pretende ser “comprensible de suyo”— habla de la “autonomía” de la información, en el sentido de que el contexto que le otorga autoridad al documento informativo está contenido en la forma del documento mismo. Es decir, según los términos que aquí propongo, dimana de un *formato* inteligible y sensible, a su vez legitimado históricamente, entre otras, por razones de eficiencia comunicativa y operativa. Así pueden diferenciarse la información de la *inteligencia*, cuya validez se sustenta, como la del saber narrativo analizado por Benjamin, en la experiencia (*Erfahrung*)⁷.

Un fragmento, que como unidad funcional podrá alcanzar la relativa autonomía de una *unidad de información* —una ficha en una base de datos, una noticia en una página del periódico, una *lexia* en un hipertexto⁸, pero también un gesto corporal codificado como acto productivo idóneo en la cadena de montaje taylorista⁹—, el fragmento textual moderno, ya no es una parte reintegrable en un todo simbólicamente cualificado¹⁰, sino una fracción funcional, conmutable y modularmente conectable.

* * *

La *modularización* textual es un proceso que opera allá donde se aplican reglas de fragmentación, normalización y conexión entre unidades informativas. Todas las técnicas y textos impresos (libros, folletos, carteles publicitarios, periódicos) fueron definiendo sus formatos, el aprovechamiento del espacio y la distribución de los contenidos en orden a racionalizar los recursos del proceso productivo, por una parte, y a capturar el interés lector, por otra. Esta orientación *psicotécnica*, es decir, el intento de controlar técnicamente las condiciones de recepción: la captación de la atención y su continuidad, el impacto afectivo, el tiempo de lectura, etc. señala un

⁷ “Leemos los documentos de la red, no como información sino como inteligencia, lo que exige una garantía explícita de uno u otro tipo (...) La garantía proviene a menudo, como la inteligencia de los viejos, de fuentes cuya fiabilidad juzgamos por propia experiencia” (Nunberg, 1998: 135).

⁸ Landow (1995: 14-15) toma el término *lexia* de Barthes (1980), quien ya había anticipado la descripción de un ideal de textualidad coincidente con el actual hipertexto multimedia: un conjunto de bloques textuales con múltiples trayectos de lectura, en una forma de textualidad abierta y siempre inacabada. Los fragmentos textuales conectados son las “lexias”.

⁹ Luhmann (1997: 109) observa que “los procesos laborales en una perspectiva tayloriana son subdivisibles en acontecimientos de acción elementales”. Al límite de la subdivisión se encuentra el *unit act*, “acontecimiento elemental de una acción unitaria”. Esta unidad accional en la cadena de montaje es el correlato de la unidad de información en los textos regidos por una matriz cultural informativa. Como explica Coriat (1982: 36), la novedad introducida por la *organización científica del trabajo* a principios del XX “se refiere ante todo al hecho de que el control obrero de los modos operatorios es sustituido por lo que se podría llamar un «conjunto de gestos» de *producción*”, concebidos, preparados y vigilados por la empresa. Con la creciente racionalización del tiempo y de los movimientos productivos, este conjunto de gestos llega a constituir un *código general y formal* del ejercicio del trabajo en la industria.

¹⁰ Esa pérdida del sentido de la totalidad en beneficio del “conjunto funcional”, trágica para Nietzsche (“el todo ha dejado de vivir; es compuesto, calculado, artificial, un artefacto”), no lo es para la conciencia modernista de principios del XX. Tal como analiza Frisby (1992), autores como Simmel, Kracauer o Benjamin, aun desde perspectivas diversas, encontraron en la experiencia del fragmento una vía metodológica privilegiada para la exploración de la propia modernidad.

objetivo fundamental de la modularización y el formateado en la industria textual moderna.

Inseparable del proceso de modularización es, en efecto, el de formateado, pero no hay una definición clara y unívoca del formato. La que parece más antigua es ésta: tamaño de papel normalizado por la industria de la impresión, y por extensión, dimensiones estandarizadas de una fotografía, de un cuadro, etc.

Aun refiriéndose sólo a los parámetros espaciales ya se ve que la noción de formato puede remitir a dos significaciones no equivalentes: la figura sensible de un soporte material y la disposición o regla de configuración que ofrece a sus contenidos posibles, es decir, a la vez una forma concreta y una abstracta, un conjunto de cualidades y una estructura o un estándar¹¹.

Dado lo lábil del concepto, podemos resignarnos a la idea de que el formato consiste en cualquier clase de “molde textual”, utilizando una metáfora ecléctica que puede referirse indistintamente a las condiciones materiales y técnicas del soporte, a su configuración espaciotemporal, a la morfología textual o a una matriz de género (acepción ésta última que corresponde a la expresión “formatos televisivos” o “radiofónicos”). La metáfora del molde presupone otra: la de las actividades de “amoldamiento” planificado para someter aprioricamente los textos a ciertos patrones de producción, distribución y consumo (el “esquematismo de la producción” propio de la industria cultural, del que trataron hace más de medio siglo Horkheimer y Adorno, 1998/1944).

El formato puede entenderse, pues, como “paratexto” —esa es la categoría que Genette (1987) aplica a los títulos, notas, ilustraciones, maquetación y otras marcas con funciones pragmáticas— o, mejor aún, como un “metatexto”, habida cuenta de que el conjunto de los elementos que son objeto de diagramación regulan las relaciones internas de los segmentos textuales así como diversas operaciones lectoras. En todo caso el formato señala el límite semiótico en que los parámetros de la experiencia sensorial (duraciones y extensiones, alturas, planos, ritmos, densidades, etc.) se superponen a los códigos lingüísticos e interactúan con ellos.

In-formar en el sentido hilemórfico o aristotélico es *dar forma*, unificar y ordenar un correlato material sometiéndolo a la inteligibilidad y/o a la integridad conceptual, o bien exteriorizar como expresión sensible un contenido inteligible. En cambio, la información moderna, el *dar formato*, procura la *eficacia de un proceso de comunicación* en el tiempo y en el espacio. Esto hace de ella una actividad *estratégica*, pues trata de salvaguardar las condiciones de registro, almacenamiento, transmisión e identificación textual de cualesquiera datos o contenidos, asegurando

¹¹ Aplico aquí las observaciones de Tatarkiewicz (2001: 253-278) respecto a los usos del concepto de “forma” en la historia del pensamiento estético. Los formatos informáticos de texto o imagen, así como las estructuras de datos que “formatean” un disco para adaptarlo a un sistema operativo o a un equipo de hardware, no son cualidades perceptibles para los usuarios, y por eso la mayoría tenemos una relación puramente práctica con tales fenómenos: aprendemos de modo a la vez rutinario e incidental los grandes rasgos de cómo y para qué “funcionan”, y lo hacemos en un marco de experiencia intelectual reducida. Si son cualidades o resultados perceptibles, en cambio, los que resultan de las operaciones del menú “formato” que en las aplicaciones informáticas conciernen a *propiedades del texto* procesado. Y esta es una de las acepciones más frecuentes de formato: un conjunto de propiedades visuales y/o diagramáticas de un texto.

su estabilidad mediante la preservación preventiva del ruido que el contexto o los usos particularizados pudieran superponerles. Y de afianzar, en suma, su efecto pragmático: la captura de la atención y la inducción de determinados afectos. A la nitidez del concepto, la psicotecnia informativa moderna antepone o superpone la intensidad del *percepto*; a la seguridad o probabilidad lógicas de la demostración, la contundencia de la *mostración*; a la convicción de lo verosímil, el asalto de la *evidencia*.

* * *

Las consecuencias desde el punto de vista de la recepción son evidentes: el receptor es entendido y estratégicamente analizado como un *lector que reacciona a estímulos* y cuyas respuestas son susceptibles de ser codificadas y manejadas como variables, antes que como un *intérprete* que desarrolla procesos de exégesis racional. Ya antes de la psicologización ilustrada, la cultura barroca había propagado esta orientación estratégica de las prácticas comunicativas. Tal como explica Vilaltella (1994: 255-256), en el barroco el análisis del acto persuasivo incluye la atención a las disposiciones psicológicas del receptor, y por tanto una teoría de los afectos. Aún más, el “sujeto popular” aparecerá en el horizonte cultural precisamente cuando los emisores del acto persuasivo comienzan a tomar en cuenta estratégicamente los deseos y los sentimientos del receptor.

La comunicación entendida como actividad estratégica, conoció, pues, una *fase retórica*, caracterizada por la tecnificación del diálogo oral (desde Aristóteles, Cicerón o Quintiliano a Montaigne, que recrea en la escritura literaria renacentista el simulacro conversacional), y otra *fase psicotécnica* que, desde los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola, y en general desde la cultura del barroco, a la publicidad, la propaganda y el arte de vanguardia del siglo XX, viene prevaleciendo a lo largo de la época moderna.

A través del cálculo crecientemente formalizado de las dimensiones funcionales del lenguaje y de los discursos visuales; merced al control psicotécnico creciente del sensorio y de las respuestas comportamentales, cognitivas y expresivas de los receptores; mediante el recuento psicosociológico de la distribución de las variables receptivas según segmentos de la población, etc., la comunicación se ha regido cada vez más por la que vengo llamando formación o matriz cultural de la información.

Sin duda la imprenta jugó un papel fundamental en ese proceso, al tratar los signos como unidades funcionales diferenciadas. Y al someterlos a la legibilidad por medio de una *sinopsis* (etimológicamente: ver de una sola ojeada) que homogeneiza la experiencia perceptiva de un conjunto de fragmentos visuales heterogéneos en un mismo plano de *consistencia óptica* (otro concepto de Latour, 1998). El propósito subyacente a esa tendencia fue el de acomodar técnico-pragmáticamente signos y textos para ampliar su comunicabilidad y su operatividad, es decir, tanto la posibilidad de trasladarlos de un contexto a otro cuanto de convertirlos en instrumentos eficaces para las más variadas operaciones del saber y del poder: las prácticas científicas y didácticas, el adoctrinamiento y la propaganda ideológica, la difusión de patrones manufactureros o industriales, la publicitación de mercancías, etc.

En este proceso, se dio un progresivo relevo de muchas funciones retóricas y narrativas a través de formas textuales que hemos calificado de “posnarrativas” (en Abril, 2003) y a las que Manovich (2005) denomina “textos en forma de base de datos”, como la extraordinaria *El hombre de la cámara* de Vertov, una película vanguardista de 1929 que, aun más claramente que otras obras cinematográficas del modernismo soviético, anticipaba las formas textuales de la cultura visual digital.

* * *

Pero un ejemplo mucho más temprano de esta praxis informativa puede hallarse en textos como las *Evangelicae historiae imagines* (1593) de Jerónimo Nadal, con cuyo breve comentario finaliza este artículo.

Durante los siglos XVI y XVII los jesuitas utilizaron en la predicación algunas imágenes evangélicas como las del padre Nadal, que agrupaban escenas de la vida de Cristo, textos explicativos, lemas, señales numéricas, signaturas y llamadas internas cuya morfología de conjunto se dejaría describir hoy con el nombre de “ficha”: una topología en la que la distribución uniforme de fragmentos de escritura, imágenes y signos tipográficos respondía a un esquema visual y didáctico estandarizado, a un “verdadero esquema epistemológico”, como dice Fabre (1992: 323), el mismo, en lo fundamental, que hallaremos en los hipertextos de nuestros días¹². Por ser extraídos del continuo de los relatos evangélicos, correlacionados sistemáticamente con determinados significados alegóricos —por supuesto siguiendo las indicaciones de los *Ejercicios Espirituales* ignacianos— y funcionalizados mediante llamadas a la cronología evangélica y al calendario litúrgico, pero sobre todo, por el hecho de ser sometidos a un tratamiento analítico y a una topología modular, los episodios de la vida de Cristo adquieren en este contexto el carácter bien definido de “unidades de información”.

Se ha dicho que las imágenes de la predicación contrarreformista y barroca supusieron un simple retroceso al medioevo, por su aprecio de las técnicas de la fragmentación y el consiguiente abandono de la “unidad de visión” que habían proporcionado la perspectiva y en general el perspectivismo renacentista¹³. Pero creo que esta interpretación no tiene en cuenta algo fundamental: la nueva modalidad de praxis de la imagen a cuyo servicio se opera la fragmentación. No es cierto que en las imágenes evangélicas de Nadal, por ejemplo, falte la perspectiva: por el contrario se ha aplicado a la construcción de cada escena fragmentaria; lo que ocurre es que la perspectiva no sirve como dispositivo integrador del conjunto. Por otro lado tampoco podría desempeñar ese cometido, teniendo en cuenta que esta clase de textos incluye elementos aperspectivos como signos tipográficos, recuadros y líneas demarcadoras que cumplen una función metadiscursiva y/o indicial respecto a los propiamente icónicos.

¹² Del análisis de un texto visual de esta clase y del proceso que denomino “inmanentización textual” me ocupó en mi último libro (Abril, 2007: 94 y siguientes).

¹³ Así argumenta, por ejemplo, Rodríguez G. de Ceballos (*apud* R. de la Flor, 1996: 89).

DOMINICA XIII. POST PENTECOSTEN.
Docet Christus fiduciam habendam Deo.
Matth. vi. Anno xxxxi. 23
cxxxix

Petr. Pfl. Pin. sculp. Carl. de Mellis del.

<p>A. Mons Thabor, & campestris locus vbi docet Christus.</p> <p>B. Pro priore Euangelij parte, homo pius describitur, qui totus est in caelum intentus, vbi thesaurizat.</p> <p>C. Alter, qui totus inhiat lucris caducis, merces, aurum, domum, suppellectilem amplam anxie parat.</p> <p>D. Iubet IESVS respicere aues, vt quas</p>	<p style="text-align: center;"><i>Deus alit de cibo non sollicitas.</i></p> <p>E. Tum ornatum litorum, quae non laborant, neque nent.</p> <p>F. Pratum herbis, ac floribus comestitum.</p> <p>G. Salomon in Domo sua magnificentissime vestitus, illis conferri non potest.</p> <p>A. Docet ex his; Nolite solliciti esse. Quae primum regnum Dei, &c.</p>
--	--

DOMINICA XV. POST PENTECOSTEN.
Euangelium legitur feria v. Dominicae iij. Quadrages. Inde petatur imago et adnotatio 28.

Si se pregunta por la *unidad epistémica* de estas representaciones, se advierte que ésta ya no viene asegurada por un simulacro perceptivo por la sencilla razón de que es otro el mecanismo que la sostiene, a saber, un dispositivo modular, o para ser más preciso, una articulación conceptual y analítica de segmentos heteróclitos. La “unidad de visión” responde, así, a una nueva conformación del espacio visual —el espacio *sinóptico*— y de la “estructura del campo de visión”, entendido, en la línea de Rosalind Krauss (1998), como una matriz de simultaneidad que hace posible la visión misma como forma de (nuevo) conocimiento.

Lo que se puede inferir, en suma, es el brote de una nueva episteme que se expresa a través de textos visuales complejos en los que se están aplicando, convencionalizando y optimizando los recursos técnicos y semióticos proporcionados por la imprenta. En otras palabras, esa clase de textos no es una versión tipográfica del antiguo códice, sino una primera versión del *texto informativo* moderno cuya fase de madurez se podrá datar en la página del periódico, en los anuncios publicitarios, en los textos escolares y en los hipertextos de los multimedia digitales contemporáneos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABRIL, G., 1997 (2005, 2ª ed.): *Teoría general de la información. Datos, relatos y ritos*. Madrid. Cátedra.
- , 2003: *Cortar y pegar. La fragmentación visual en los orígenes del texto informativo*. Madrid. Cátedra.
- , 2004: “Notas sobre la información como «forma cultural»”, en Santos, J. M. y Correia, J. C. (orgs.), 2004: *Teorías da Comunicação*, Covilhã. Estudos em Comunicação, Universidade da Beira Interior, págs. 79-104.
- , 2007: *Análisis crítico de textos visuales. Mirar lo que nos mira*. Madrid. Síntesis.
- ALTHUSSER, L., 1974: *Ideología y aparatos ideológicos de estado*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- BARTHES, R., 1980: *S/Z*. Madrid. Siglo XXI.
- BAUDRILLARD, J., 1974: *Crítica de la economía política del signo*. México. Siglo XXI.
- BENJAMIN, W., 1991 (1936): “El narrador”, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. Madrid. Taurus.
- CASTELLS, M., 1997-98: *La Era de la Información. Economía, sociedad y cultura*, 3 vols. Madrid. Alianza.
- CHIBNALL, S., 1981: “The production of knowledge by crime reports”, en Cohen, S. y Young, J. (eds.), 1981: *The manufacture of news. Social problems, deviance and the mass media*. Londres, Constable y Beverly Hills. Sage, págs. 75-97.
- CORIAT, B., 1982: *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. Madrid. Siglo XXI.
- DERRIDA, J., 1997: *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid. Trotta.
- FABRE, P.-A., 1992: *Ignace de Loyola. Le lieu de l'image. Le problème de la composition de lieu dans les pratiques spirituelles et artistiques jésuites de la seconde moitié du XVI^e siècle*. París. EHESS.

- FOUCAULT, M., 1970: *La Arqueología del saber*. Madrid. Siglo XXI.
- FRISBY, D., 1992: *Fragments de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Madrid. Visor.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, A., 1996: *Procedimientos de Análisis Documental Automático. Estudio de Caso*. Sevilla. Junta de Andalucía.
- GENETTE, G., 1987: *Seuils*. París. Seuil.
- GOMIS, Ll., 1989: *Teoria dels gèneres periodístics*. Barcelona. Centre d'Investigació de la Comunicació-Generalitat de Catalunya.
- HORKHEIMER, M. Y ADORNO, Th. W., 1998 (1944): *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid. Trotta.
- KRAUSS, R. E., 1998: *The Optical Unconscious*. Cambridge, Mass. The MIT Press.
- LANDOW, G. P., 1995: *Hipertexto. La convergencia de la teoría crítica contemporánea y la tecnología*. Barcelona. Paidós.
- LATOUR, B., 1998: "Visualización y cognición: Pensando con los ojos y con las manos". *La Balsa de la Medusa*, nº 45/46, págs. 77-128.
- LATOUR, B. Y HERMANT, É., 1999: "Esas redes que la razón ignora: laboratorios, bibliotecas, colecciones", en García Selgas, F. J. y Monleón, J. B. (eds.), 1999: *Retos de la Postmodernidad. Ciencias Sociales y Humanas*. Madrid. Trotta, págs. 161-183.
- LOTMAN, I. M., 1998: *La semiosfera, II. Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*. Madrid. Cátedra, U. de Valencia.
- LUHMANN, N., 1997: *Organización y decisión. Autopoiesis, acción y entendimiento comunicativo*. Barcelona. Anthropos-Universidad Iberoamericana.
- LYOTARD, F., 1984: *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid. Cátedra.
- MACIÁ, M., 2000: *El bálsamo de la memoria. Un estudio sobre comunicación escrita*. Madrid. Visor.
- MANOVICH, L., 2005: *El lenguaje de los nuevos medios de comunicación. La imagen en la era digital*. Barcelona. Paidós.
- MATTELART, A., 2002: *Historia de la sociedad de la información*. Barcelona. Paidós.
- NUNBERG, G., 1998: "Adiós a la era de la información", en Nunberg, G. (comp.), 1998: *El futuro del libro ¿Esto matará eso?* Barcelona. Paidós, págs. 107-142.
- POSTER, M., 1989: *Critical Theory and Poststructuralism. In search of a Context*. Ithaca, Londres. Cornell U.P.
- , 1990: *The Mode of Information. Poststructuralism and Social Context*. Chicago. The University of Chicago Press.
- R. DE LA FLOR, F., 1996: *Teatro de la memoria. Siete ensayos sobre mnemotecnica española de los siglos XVII y XVIII*. Salamanca. Junta de Castilla y León.
- SIERRA CABALLERO, F., 1999: *Elementos de Teoría de la Información*. Sevilla. MAD.
- TATARKIEWICZ, W., 2001: *Historia de seis ideas: Arte, belleza, forma, creatividad, mimesis, experiencia, estética*. Madrid. Tecnos.
- VILALTELLA, J. G., 1994: "Imagen barroca y cultura popular", en Echevarría, B. (comp.), 1994: *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*. México. UNAM, págs. 245-275.
- WRIGHT, Ch. R., 1976: *Comunicación de Masas. Una perspectiva sociológica*. Buenos Aires. Paidós.

RESUMEN

Frente a las imprecisiones sobre el significado actualmente dominante de “información”, se propone una interpretación cultural de los procesos y los hechos informativos: la información supone el primado de las condiciones de comunicabilidad y la fragmentación funcional o modular de los textos, así como su sometimiento a formatos orientados psicotécnicamente al control de la actividad receptiva. El desarrollo histórico de la información como “formación cultural” debe mucho a las condiciones técnicas, a las formas de conocimiento y a la cultura visual nacidas de la imprenta, así como a los imperativos de homologación y de reproducción inherentes al desarrollo del capitalismo.

Palabras clave: Información, textualidad, cultura visual, modernidad.

ABSTRACT

Against the today's imprecision about the meaning of the term “information”, this article proposes a cultural interpretation of informative processes and facts: the information means the primary importance of the communicability conditions, as well as the functional and modular fragmentation of texts, and also its adaptation to formats psycho-technically oriented to the control of the receiving activity. The historical development of information as a “cultural formation” is due in great part to the technical circumstances, to the forms of knowledge and to the visual culture, which were born from the printing press, as well as to the demands of homologation and reproduction implicated in the development of capitalism.

Key words: Information, textuality, visual culture, modernity.

RÉSUMÉE

Si le terme “information” est au jour d'hui entouré des imprécisions sur son sens, cet article propose une interprétation culturelle des procès et des faits de l'information : l'information signifie l'importance primordiale des conditions de communicabilité, ainsi que la fragmentation fonctionnelle et modulaire des textes, et leur soumission aux formats psycho-techniquement orientés au control de l'activité de la réception. Le développement historique de l'information en tant que « formation culturelle » se doit en grande mesure aux circonstances techniques, aux formes de connaissance et à la culture visuelle, que ont été nées de la presse, ainsi que aux impératifs de homologation et reproduction inhérents au développement du capitalisme.

Mots clé: Information, textualité, culture visuelle, modernité.